

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular* y *Museo de las Familias*, y á los portres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales

En Madrid y 1.
tres para los
critores
y Mu

SEMANARIO POPULAR

UN SUEÑO EN PARIS. 116

El Teatro y el Cementerio.

Son los sueños en general una prueba moral ó físico del individuo, y sabe, porque no hay nadie que al soñado, que se ofrecen á nuestras mas extravagantes imágenes tan escenas, unas veces han otras tranquilas y apacibles aterradoras.

Rara vez los sueños conocen una causa real de alegría ó de dolores medades lentas y desarrollo de una familia y sueños y tras

Las impresiones débiles y ble, que les menos durdiente es á esta época frecuentemente pierto los ra solo, zos dea pc e

ansar y decir. «Aqui vendré yo.» Pero ademas reflexiones amargas sobre la vida, el presente y el porvenir; considero una perla á quien la inocencia ha dado impulso, y que gira girados círculos hasta que comienzan á concentrase en períodos de vida comienzan á oponer oposición, va

ocupaciones favoritas. Un sitio hay dedicado exclusivamente para los españoles, que se llama *Isla de los españoles*. En la que existen los restos de muchos hombres notables, y entre ellos el de nuestro célebre don Leandro Fernandez Moratin. No lejos de éste, aunque en otro sitio fuera de la isla, reposan las cenizas del también célebre Moliere y de la Fontaine. Los sepulcros de estos hombres eminentes, del primero que como español nos despertaba nuestras simpatias y mas grandes, al considerar que ahora que nos preciamos de honrar las letras, tenemos aun abandonado en suelo extraño al regenerador de nuestro teatro; y del segundo que como el mérito debe de apreciarse donquiera que se encuentre, no podia menos de tribuarme mi respeto á la última morada de aquel que por su autor, regeneró también y con anterioridad nuestro Moratin el teatro francés, fué una que mas afectaron mi espíritu, sin haberme reprimido la comparación que entre mi mente de entre todos los hombres descansan en aquel vastísimo

su plano topográfico; para el auxilio de unguia y tierra serje ó guarda muertos; aquella, aunque ridicula de población. Me y en lo mas vivo En esta el ruido, vibrantes ecos de encia, la belleza duciones que v entristecer que llega-

rsas sen-
esper-
ncado á
ncuen-
do en
ma-
asa
Me
ia

restregar un fósforo para encender luz, beber agua y echarme aire con un abanico para refrescar mi cabeza; procuré entonces recoger mis ideas que estaban como quien dice en dispersión, y organizadas algún tanto, á lo menos de aquello que menos confusamente pude acordarme, y sin poder recordar de nuevo un reposo sosegado, tomé la pluma, y he aquí lo que con ayuda de mi memoria, trazo rápida y precipitadamente.

MI SUEÑO.

Era de noche, y excitado por una fuerza sobrenatural había encaminado mis pasos, me encontraba ya dentro del cementerio del P. Lachaise: la oscuridad y el silencio que reinaba; el viento que aunque suave mecía las copas de los árboles que al doblar sus ramas parecían otros tantos gigantes que querían entre sus brazos arrebatarne; las sombras de los monumentos que se dibujaban entre millares de luces fosfóricas, que velozmente corrían por el suelo ó coronaban los intersticios de alguna urna; el grazido de un mirciélagu que al pasar batiendo sus alas junto á mí me derribó el sombrero, y el chillido de las lechuzas, me fueron poco á poco infundiendo una pavora considerable. Una detonación que oi á mi lado, sin duda producida por las impresiones atmosféricas en la madera ó en el mármol de alguno de los sarcófagos li obeliscos, acabó de cortar la circulación de la sangre por mis venas; temblaba y no era de frío; gota á gota caía el sudor de mi frente y no era de calor; me llegué á pensar con fundamento si sería de miedo; pero cuando me convencí de ello, fué cuando quise retroceder y no pude, intenté correr y las piernas se negaron á contribuir á mi designio, y dando en tierra con mi apesadumada humanidad, no me quedaba otro recurso que el de gritar, pero se ahogaba antes de salir la voz de mis labios.

En semejante situación sin poder ni gritar ni huir, decidí valerosamente el quedarme y sufrir con resignación lo que sobreviniera; y en efecto no tardé en poder considerar las mas espantosas visiones. Los cadáveres se levantaban de sus tumbas, miraban en derredor de si como si temieran que los observasen, y se lanzaban de un salto fuera de ellas; á la voz de uno todos obedientes se congregaron, y se dirigieron procesionalmente hácia uno de los sitios mas elevados y oscuros del cementerio. De allí á poco no vi nada; el temor de que me descubrieran y que me encerraran vivo en alguna de las sepulturas, oscureció mi vista, y me privó de sentido hasta que lo recobré en los yertos brazos de una de aquellas figuras.

—¿Qué viene á hacer aquí? me pregunto.

—Venía á rezar, señor, le respondí con exánime acento.

—A estas horas?

—Venía á pedir por el ánima de uno de de mis compatriotas.

—Pues qué, no eres francés?

—No, señor, contestaba yo medio muerto; soy español.

—Y á quién buscas? ó qué temas cuando le recogí del suelo donde estabas tendido?

—Señor, sería.....

—Vamos tranquilízate, no temas nada; quéra?

—Eso precisamente, señor; miedo. Al penetrar aquí vi tanta gente que se movía y que andaba.....

—Y eso te asustó?

—Eso.

—Pues es que también nosotros paseamos por este jardín.

—Ya lo veo y casi no lo creo.

—Y cuál es tu oficio en el mundo?

—Señor, mi oficio no es oficio, yo soy ó quieto ser...

—¿Qué?

—Escrítor.

—¿Cómo? escritor? y de qué escribes?

—Yo de todo; estoy á lo que sale.

—¿Cómo de todo? pues habrás estudiado mucho, serás un sabio.

—No tal, señor; dije calmándose ya un poco mi terror al ver que entraba conmigo en conversacion; hoy escribe todo el mundo, yo he sido muy holgazán, y por no estudiar me he echado á escritor.

—Pues es raro.

—No señor, si á muchos sucede lo mismo.

—Pero aun no me has dicho á quien buscas.

—Es cierto, busco la tumba de don Leandro Fernandez Moratin, mi paisano, á quien admira por sus obras.

—Dí! con qué conoces sus obras?

—Un poco.

—Pues creo que son dignas de conocerse mucho.

—Si señor; y creyéndolo así las estudio ahora con entusiasmo, como tambien las de Cervantes y algunas de otros autores como de Racine y Moliere: es vd. literato? le pregunté casi tranquilo ya al considerarle tan pacífico.

—Yo no soy ya mas que un habitante de este cementerio, pero cuando mi ánima andaba por el mundo era aficionado á la literatura.

—Pues esa es una de sus plagas; los aficionados, contesté yo.

Hablando de esta suerte llegamos á una espesura de árboles, desde la cual se distinguía un grupo de difuntos que se conocía por la rapidez de sus ademanes que discutian acaloradamente.

—Hepto á vd. que sin todas las unidades que prescribe Aristoteles para la comedia, no puede haber obra perfecta, decía uno.

—Ese que habla es Moratin, el que tú buscas, me dijo el que me levantó del suelo.

—Bien, calle vd., quiero escucharlos.

—Así era antiguamente; pero ahora ya es distinto.

—Los modernos acomodan las reglas á las necesidades de sus dramas; contestó otro.

—Ese es un español tonto recién venido á la isla, enterrado en este cementerio por la casualidad de haberse muerto en París; me dijo mi ánima amiga, presame de literato; pero no es mas que un pedante.

—Como ese hay muchos, contesté yo.

—Pues es un abuso intolerable.

—No lo es tal.

—Vd. no lo entiende.

—Cómo, yo?

—Señores, interrumpió otro mas gravemente, y que en lo amojamado descubria ser mas antiguo, Dejemos eso y que nos cuente don Leandro la historia de su vida, que vds. no la sabran.

—Ese, esa que habla ahora es el amigo de Moratin aqui, y nuestro grande hombre el célebre Moliere.

—Si, si, repitieron los demas.

—No haré yo tal; á instancias de vd. se la conté cuando me refirió la saya y le di mis obras; pero nunca es uno de si mismo su mas imparcial y exacto litógrafo.

—Pues lo haré yo, y con eso vd. rectificará aquello en que padezca equivocación.

—En ese caso, tambien denunciare á estos señores la de vd. que me es bien conocida, combinando lo que de ella he leído y lo que vd. mismo me ha contado.

—Sea en buen hora; como vd. guste.

—Pues comienza vd., dijo Moratin.

—No, vd. tiene la palabra.

—Señores, contestó un tercero; que no pueda decirse de nosotros que desterrados del mundo conservamos aun sus etiquetas y preocupaciones.

—Seguramente; comenzare yo el primero, que en galanteria y franqueza los españoles lo somos tambien.

MOLIERE Y MORATIN.

—Ciento treinta y ocho años antes que yo, es decir, el de 1622, abrió el mundo sus ojos este señor, Mr. Juan Bautista Poquelin, conoído despues por el pseudónimo de Moliere, hijo de una familia honrada de que era cabeza un tapicero y adornista de camara de S. M.

—Es exacto; mi origen honrado, aunque modesto no reconoce como el de vd. el de un padre que se hubiese con sus producciones conquistado un nombre y distinguido lugar en la comunión de las letras, dijo Moliere.

—El autor de sus dias, continuó Moratin, que habia alcanzado con su trabajo una decorosa mediana, educaba á su hijo convenientemente á sus proyectos, que eran encaminados á que le sucediese en el taller; de manera que á la edad de catorce años, toda su educacion literaria en saber leer y escribir consistia, hasta que su abuelo materno, que descubrió el primero su afición al teatro, al que con frecuencia le llevaba, consiguió que ingresase como alumno esterno en un colegio que

estaba bajo la direccion de los jesuitas. A su salida del colegio, debió reemplazar á su padre, muy cansado ya por su avanzada edad, pero en vez de esto fuese á Orleans, donde aprendió el derecho y se hizo recibir de abogado. Despues, como sin duda no era esta la senda de su destino, volvió á Paris, donde dejándose llevar de sus inclinaciones y de su decidido gusto por el teatro, se puso á la cabeza de una compañía de jóvenes aficionados, que mas tarde fueron actores de profesion. Entonces fué cuando se emancipó de su familia, rompió con ella y renunció hasta su apellido de Poquelin, adoptando como propio el de Moliere. Aqui ya le tenemos hecho cómico.

—En eso, replió Moliere, segun vd. me ha contado, seguimos casi los mismos pasos, porque tambien tenia vd. un tio, diamantista muy habil que deseaba iniciarle en los secretos de su arte. Mientras pensaba el viejo lapidario ocupar á su sobrino en montar esmeraldas y rubies, este abandonaba á Pluto por Apolo, hacia sus primeros ensayos en la poesia y con tan feliz acierto, que la academia española premiaba su composicion titulada: *La toma de Granada*, de que era autor incognito. Redoblando su ardor entonces, publicó su *Leccion poetica*, que le valió otro segundo lauro.

—En seguida, pensó Moratin, comenzó tambien su carrera de autor; con su compañía recorrió diversas cuarteles de Paris, viajó por las provincias y estrenó su ingenio con una composicion teagica que naufragó: á esta siguieron otras de distinto género, tales como: *los Doctores rimales* y *el Maestro de escuela*, pero todas ligeras, improvisadas en su mayor parte, hasta que en Lyon se presentó el *Klourd*, pieza ya de mérito y de estudio. Tenia entonces treinta y un años. Se habia aprovechado de las lecciones de su sábio preceptor Gassendi y ya obedecía á su propia inspiracion. Moliere ya era autor.

—Como en los míos Gassendi, tambien el docto maestro Jovellanos, influyó con sus consejos en los destinos de vd., replió Moliere, y le predijo fortuna literaria. Y tambien como yo, vd. viajó, solo que en mas estensa latitud y con un bonito empleo: vino vd. á Paris en calidad de secretario del conde de Cabarrés.

—Si, y no dejó de serme el viage de provecho, no obstante que los acontecimientos de la revolucion, me hicieron antes que yo quisiera, regresar á Madrid y abandonar á mi protector; entonces me grangeé la amistad del muy sábio ministro Florida Blanca. Usted creo que tambien se vió solicitado para el empleo de secretario por el principe de Conti?

—Si, pero rebuse por amor á mi profesion y á mi independencia.

—Valganos Dios! Por amor á una profesion, dijo Moratin, que sin embargo dejaba un vacío en su alma; segun vd. mismo me tiene dicho.

—Si, porque aparte de mis disensiones domésticas que no me dejaban pocos, y que estaban enla-

zadas con mi posición, no era completamente feliz, porque las lisonjas y el favor todavía no son bastantes á conquistar cierto grado de consideración á que el hombre aspira y ambiciona; el comediante eclipsaba al poeta; y sin embargo de conocerlo, no me era posible abandonar la escena.

—Es cierto, añadió Moratin; todos celebrarían las gracias de sus producciones de vd.; pero la posteridad lo apreció mas que sus contemporáneos. Esto no obstante de que también alcanzó vd. los reales favores de Luis XIV, que en algo compensarían los desdenes de los necios. Fué vd. ayuda de cámara del rey, y este fué también padrino con la duquesa de Orleans, del primer hijo que tuvo vd., consagrando así con su manto floridísimo, el enlace del conde y su esposa, y cuando en otra ocasión le sentó á vd. á su mesa, dijo delante de todos y en alta voz sirviéndole la pechuga de un ave: «*Vedme entretenido en servir yo mismo á Molière, al hombre que mis cortesanas se desdientan saludar.*»

—Es verdad; aquella vez la reparación sobrepuso á los agravios; pero sin embargo, nunca la protección de que yo disfruté fué tan considerada y constante como la que le concedió á vd. Florinda Blanca, que le asignó una pensión sobre el arzobispado de Burgos, y la del príncipe de la Paz, cuya poderosa influencia sofocó el clamor de monges ignorantes que tan cruel censura impusieron á la bellissima comedia titulada: *El viejo y la niña.*

—Si, amigo Moratin, vd. no duda que á pesar de mis triunfos como autor, era cómico al mismo tiempo *del ilustre teatro*, y en mi época la consideración de estos era muy ambigua, y siempre será en el mundo incompleta.

—Es cierto y no sé porqué; el buen cómico, el actor que á fuerza de estudio consigue conmover nuestra alma con los acentos de su voz, es ya un artista y merece las consideraciones de tal. Además que su constante aplicación de vd. en el arte dramático y escénico, desde que apareció *el Ataladrado ó Catalera*, fué en aumento, produciendo mil composiciones, algunas felices imitaciones de los autores latinos, españoles é italianos, y otras puramente originales; tales son entre muchas: *el Matrimonio por fuerza; el Pedante burlado; el Médico por fuerza; los Ridículas presumidos y el Enfermo de aprensión.*

—Es cierto, pero yo estoy muy lejos de concederles el mérito y la importancia que vd. les da.

—Eso es muy natural, replicó Moratin; sin embargo de que yo las estudié mucho y contrihuyeron en gran manera á formar mi gusto.

—Yo soy dijo Mollere el que debo admirar las de vd; *el Viejo y la niña; el Barón; el Médico á palos; la Comedia nueva ó el Café y el Si de las niñas*, son entre otras, segun he leído, bastante cada una para inmortalizar el nombre de su autor.

—No tanto; pues que aun no trabajó tan infati-

gablemente como vd., qué pasó quinientos años de su fluxion de pecho, desempeñando á un tiempo mismo las obligaciones de director de escena, empresario, cómico y autor.

—Y bien que despues me ha pesado; pues tanto trabajar me acarreo á los cincuenta y un años la muerte, que puede decirse me sorprendió en las tablas del escenario.

—Si, tengo entendido que ocurrió diez horas despues de terminar la representación *de el Enfermo de aprensión*, en cuya pieza era vd. protagonista.

—Así fué; mi último suspiro lo lancé en brazos de dos hermanas de la caridad, que habían venido para asistirme, de dos amigos y de mi mujer, con quien hacia pocos meses me había reunido despues de una larga separación.

Pero ahora recuerdo que cuando me contó vd. su historia literaria, no hizo mención ni yo me acordé de preguntar, con que motivo estaba vd. en Paris cuando falleció y á qué feliz circunstancia hemos de agradecer la dicha de tener en nuestra compañía á tan ilustre cuanto moderno escritor.

—La circunstancia para mi no fué de las mas felices, pues fué una enfermedad que me arrebató la vida en el año de 1828, á los sesenta y ocho de mi edad; pero yo estaba en Paris emigrado. Cuando Napoleon Bonaparte quiso imponer á mi patria un monarca de su dinastía, se excitó al pronto mi indignación, pero despues considerando las cosas con mas calma, me pareció distinguir en aquel cambio político un porvenir de prosperidad y de gloria; y no me fué posible prever cuánta resistencia era capaz de oponer al conquistador de Europa el espíritu de una guerra nacional y de independencia. Para mi el guerrero del siglo era el hombre del destino y su espada el oetro del mundo. Yo no vi entonces en la marcha de los acontecimientos más que una grande epopeya cuyas brillantes ilusiones ocultaron un instante á mis ojos las realidades de la historia. Me adherí al partido de los franceses y cuando su dominación en España terminó, tuve que buscar un asilo en Paris y renunciar á mis honores de consejero y á mi empleo de bibliotecario mayor de la real de Madrid.

—Eso sería á vd. bien sensible; pero una convicción errada en política nada tiene que ver con la reputación literaria.

—Ciertamente; pero los contemporáneos envidian, y lo mas que hacen es contemplar á los hombres eminentes; la posteridad los juzga.

—Sin embargo, el teatro español le es á vd. deudor de su reforma. Lope de Vega con su inagotable fecundidad, había inundado la escena de composiciones poco meditadas.

—Es verdad; mas para que aprecien las obras de los hombres, es necesario que pase mas tiempo; hace muy poco que he muerto y aun vd. mismo ha necesitado ciento sesenta y seis años de eternidad, para que le consagre un recuerdo la Francia.

—Si, un recuerdo de que todos los que vienen

me hablan, y que encerrado en esta cárcel no he podido contemplar.

—Con qué no lo ha visto vd? pues yo le haré la explicación; interrumpió el español que antes mi ánimo me dijo que era tonto y calificó de pedante:

—Pues mire vd. es una fuente, de agua por de contado, situada en la calle de Richelieu frente á la casa en que vd. murió, no lejos de la que nació, de las que habitó durante su vida y del teatro en que recogió sus laureles: allí está vd. sentado, ó mas bien su imagen, de tamaño un poco mayor que el natural, es vd. de bronce, y parece que medita alguna cosa buena. Mas debajo hay dos estatuas que representan los dos géneros de la comedia; el cómico y el dramático. Yola vi el año de 1859 cuando se estrenó.

—Y qué el mundo rinda á los hombres su homenaje despoes de muertos! exclamó Moliere.

Entre tanto yo que estaba admirado de verme considerando aquella ilustre asamblea, eché mano á mi cartera donde tenía diversos borrornos sacados por mí de algunos monumentos de París y entre ellos estaba el de la fuente de Moliere. Lo hallé en efecto, y envolviéndolo en una piedra lo arrojé al grupo y vino á caer á los pies del que habia hecho la descripción; éste cogiendo aquella pelotilla como distraído, comenzó á desenvolverla, á tiempo que Moliere decía:

—Qué no diera por verlo!

—Este es, qué diantre; bélo aquí.

Arrebátale el papel de las manos y mirándolo ansiosamente, lanzó un grito y exclamó con orgullo y satisfacción:

—Ah! es magnífico! La posteridad es agradecida; la posteridad me hizo justicia!

Otra mirada mas languida se fijaba al mismo tiempo sobre aquel pedazo de papel. Era la de Moratin; que hablando consigo mismo decía:

—Sepultado en país extraño, casi de favor, no merezco de mi patria ni aun el que su tierra me cubra, y que cuando polvo sea, con el de España me confundan. La posteridad hace justicia, cuándo me la hará á mí? cuándo habrá un español...

—Oh! aquí estoy yo... aquí hay uno, señor Moratin, uno que vive Dios! volveré á mi patria yo Iré, hablaré, diré á todo el mundo, los acusaré de ingratos y...

En este momento desperté, sin dudar á impulsos de los esfuerzos que hacia para gritar; pero cuando me hallé en mi cama y de ello conseguir seguridad, exclamé para mis adentros sonriendo:

—Pobre de mí! que habia de hacer ya!

TORRE DE SOUMBKA EN KAZAN.

Tula, Nijny, Smolensk, y Kieff tienen como Moscovi su Kremlin, lo mismo que Kazan y Astracán, los monumentos que contienen indican por sí

solos la victoria ó la derrota. La Rusia no tiene necesidad de escribir su historia, pues se encuentra escrita con caracteres indelebles en cada uno de sus *Kremlines*: al llegar á una grande ciudad rusa, el primer objeto que hiere nuestras miradas, es siempre una torre gigantesca, ó una inmensa columna, cuya altura se pierde de vista. Si nos aproximamos á examinarla con atención, si buscamos su origen, estudiarnos su carácter y estilo, y observamos los emblemas que adornan á tales monumentos, en ellos hallaremos la historia de la ciudad, su destino, sus grandezas y sus desastres. En Moscovi, la soberbia torre de *Ivan Veliki*, es un testimonio del poder moscovita. Ese mapamundi de oro que se ve en su cima, que sostiene una cruz tambien de oro, parece la imagen del mismo imperio. Kazan tambien tiene en su Kremlin su *Ivan Veliki*. La torre llamada de *Soumbeka* es el monumento mas antiguo de la ciudad tal cual existe en el día; es el único estabon que une la historia del Kazan tartaro con el Kazan ruso, y á su pie se reúnen todos los recuerdos mas memorables de la comarca. Refiérense á esta torre varias leyendas: unas hacen subir su origen á despues de la toma definitiva de Kazan por Ivan IV, en 1552, y añadan que el monarca la hizo edificar con los despojos de los *metchebs*, en acción de gracias por su victoria, y como un insulto á los vencidos; otros pretenden que son los restos de los soberanos tartaros; y otros los toman por una mezquita que mandó edificar la hermosa cuando célebre *Soumbeka*, para enterrar en ella á su esposa, añadiendo que allí mismo al lado del sepulcro fueron á buscarla los de Kazan para entregarla á los rusos. Esta última leyenda es allí la mas popular; la que ha dado nombre á la torre y que en mi opinion es mas verosímil. Sin embargo estoy lejos de admitirla en todas sus partes, pues no puedo convenir en que ese monumento haya sido á la vez mezquita y panteon. Hay en Oriente una costumbre en que no se conoce escepcion, y es que á nadie puede enterrarse en una mezquita, y ningún ejemplo en contrario hallamos en la historia. Crece, pues, que la torre de que se trata fué solo un monumento tumulario, siendo mezquita el edificio que de ella depende, que evidentemente pertenece al mismo estilo y á la misma época, y cuya forma es en efecto la de mezquita. El templo que mandó edificar Juan IV despues de la toma de Kazan, y que se halla no muy lejos, ninguna semejanza ni relacion tiene con la mezquita ni la torre, por cuyo motivo queda destruida la opinion que atribuye á este soberano. La torre de *Soumbeka* está construida toda ella de ladrillos y con una perfeccion verdaderamente romana; es cuadrada, tiene varios pisos, y su cúspide ó flecha es muy esbelta y elegante y se eleva con magestad á una grande altura. En su género es la torre mas alta que se conoce. Al entrar en ella nos hallamos debajo de una magnífica bóveda, en cuyo estremo y á unos cinco ó seis pies del suelo se ven cuatro abier-

turas ó puertas archedas que dan á otras tantas escaleras, y por ellas se sube á los pisos superiores de la torre. Lo mismo está que la mezquita adjunta se hallan del todo abandonadas, y á pesar de esto hasta ahora el tiempo las ha deteriorado muy poco. Las yerbas y malezas las cubren en todos sus puntos, pero el antiguo cimiento que se empleó en su construcción se resiste admirablemente

al abandono del vencedor y á la acción destructora de los siglos; de suerte que por muchos años serán, así la torre como la mezquita, el mejor adorno de Kazan. Esta torre lleva en su cúspide el destino de aquella ciudad; pues hay en ella un globo de oro macizo, según dicen, aplastado por las garras de un águila de dos cabezas: esto es, el imperio tártaro sometido al imperio ruso.



Torre de Sömbek.

ARISTÓFANES.

Aristófanes, ateniense, uno de los poetas cómicos mas célebres de la Grecia, hizo frecuentemente resonar al teatro de Atenas con los aplausos que se dieron á sus comedias. El premio con que le agració aquella república por los dardos que en sus picantes sátiras, habia dirigido contra los que á la sazón estaban al frente del gobierno, fué una sencilla aunque magnífica corona de olivo sagrado. En efecto, fué tan ingenioso, que sus delicadas sales no solo divertían al pueblo, sino que causaban el mayor placer á los grandes y poderosos.

Cuéntase que disputándole un día su calidad de ciudadano de Atenas, recurrió para acallar la discusión á unos versos de Homero, que podrían traducirse al castellano del modo siguiente:

Hijo de Filipo soy
segun afirma mi madre,
lo que es a mi no me consta,
¿quién sabe quien es su padre?

Contra los que empleó especialmente su mordacidad, fué contra Sócrates y Eurípides. En una comedia que compuso contra el primero, no omitió cosa alguna para ridiculizarle y aun para presentarle bajo un aspecto odioso, burlandose de que el oráculo de Delfos le habia llamado el hombre mas sabio de la Grecia: el sistema de Sócrates de atacar á todas las sectas y el propósito de no seguir los dogmas de ninguna; la oposicion á todo lo que era moda, placeres y diversiones; sus contiendas por la economía doméstica: todo, en fin, hasta su nacimiento y profesion proporcionaron armas al poeta para herir al gran filósofo.

Puso á su comedia el título de *Las Nubes*. En ella supone que Estrepsiades habiendo vuelto á la ciudad para fijar en ella su residencia despues de haber pasado gran parte de su vida en el campo, se vió acosado por los acreedores, de los cuales quiso aprender á librarse, en la escuela de Sócrates, pero que siendo ya de avanzada edad puso en ella á su hijo.

El jóven aprovecha de tal manera las lecciones de su profesor, que empieza á maltratar á su padre, queriendo probar despues con elocuencia que aquello estaba muy bien hecho. Esta accion conduce al desenlace de la comedia que finaliza con el incendio de la escena de Sócrates. El personaje que representa á este filósofo es á la verdad, digno de la composicion. Vésele hinchado de vanidad, cantando sus propias alabanzas, repitiendo continuamente que está iniciado en los mas profundos secretos de la naturaleza, que es un enviado del cielo para iluminar al mundo, que la juventud estudiosa debia unirse á él para instruírse, y que tenia un metodo particular al qual iban siempre unidos la gloria y la felicidad de las generaciones futuras. Despues de elevarse á sí mismo al grado mas alto de saber y sullenjencia, dirige sus tiros contra los

hombres y los dioses. De modo que puede decirse que Aristófanes al presentar á Sócrates como despreciable á los ojos del populacho, preparó á la larga el decreto que los corrompidos jueces espidieron contra el hombre mas virtuoso y justo de la Grecia. Compuso el célebre poeta, cincuenta y cuatro comedias, de las cuales solo han llegado once á nuestros dias. Es de notar en ellas, aquella elegancia, aquella delicadeza, aquel ligero chiste y aquel estilo puro que caracterizan la satira atica.— En el día causan poca admiracion, porque lo remoto de la época y el escaso conocimiento de las costumbres antiguas, no permiten conocer cual fué la principal idea del autor, ni la fuerza y la gracia con que están escritas.

Lo que distingue á Aristófanes entre todos los poetas cómicos griegos es sin duda su talento para motejar. Tenia el don de escoger con facilidad los verdaderos objetos ridiculos, y los expresaba con fuego. Es verdad, sin embargo, que sus comedias solo eran por lo regular unas sátiras atroces, en que no respetaba ni á los poderosos ni á los dioses, y á las que eternamente se vituperará de haber hecho condenar á Sócrates á beber la cicuta. Sus agudezas degeneraban tambien á veces en bufonerias y obscenidades. Plutarco, que seguramente podia juzgar á Aristófanes con acierto, le considera inferior á Menandro. Por los años de 1710 publicó Ludolfo Hoster una magnífica edicion en folio de las comedias de Aristófanes en lenguas griega y latina, que se imprimió en Amsterdam con notas eruditas y que en 1760 reimprimó Pedro Barman en Leiden en dos tomos en 4.^o con notas variorum. Estas once comedias son: *el Pluton*; *los Pájaros*, ambas contra los dioses y diosas; *las Nubes*, contra Sócrates; *las Ranas*; *los Caballeros*; *los Arcadianos*; *las Abispos*; *la Paz*; *las Arengadoras*; *las Mujeres en senado* y *Lisistrata*. *El Pluton* y *las Nubes*, están traducidas al francés por madama Dacler; y *los Pájaros* por Bolvin menor; tambien Polsonet en Sissy, ha traducido en dicha lengua el Teatro de Aristófanes, parte en prosa y parte en verso, edicion de Paris en 1784, 4 tomos en octavo.

ANUNCIOS.

ESPAÑA GEOGRÁFICA.

HISTÓRICA ESTADÍSTICA Y PINTORESCA.

Concluida ya la impresion de esta obra se está considerando para repartirla inmediatamente á los suscritores de Madrid y provincia. Consta de 62 pliegos de impresion en 4.^o mayor, que hacen 392 páginas de impresion de lujo con multitud de grabados originales y ademas las laminas tiradas aparte del texto, y el mapa de España por López reofidada segun la nueva division territorial.

Repartida la última entrega quedará cerrada la suscripcion y no se venderá cada ejemplar menos de 80 rs. en Madrid y el aumento correspondiente en provincia.